

Miguel León-Portilla

*La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## LOS TRECE CIELOS: EL ESPACIO VERTICAL

Al lado de esta interpretación del acaecer cíclico del mundo llegaron también los sabios nahuas a una coherente visión espacial del universo. Completando su división en el plano horizontal, hacia los cuatro rumbos del mundo, concibieron a éste como un gran disco de tierra rodeado por las aguas. Nadie mejor que Seler resume así este punto:

Al igual que otros pueblos, se representaban los mexicanos la tierra como una gran rueda rodeada completamente por las aguas. Llamaban a esta plataforma o más propiamente al anillo de agua circundante *Anáhuatl*, “anillo”, o *Cem-anáhuatl*, el anillo completo. Debido a una incorrecta interpretación, algunos historiadores posteriores introdujeron la costumbre de designar a la sección central de la actual República Mexicana como la meseta del Anáhuac, en tanto que los antiguos mexicanos entendían indefectiblemente por esto la tierra situada “a la orilla del agua”, o sea todo lo que se extendía entre los dos mares, y llamaban a esa agua que circundaba a la tierra, al océano, *teotl*, agua divina, o *ilhuica-atl*, agua celeste, porque se juntaba en el horizonte con el cielo.<sup>40</sup>

Y relacionando luego esto con sus ideas acerca del sol, de los cuatro rumbos del universo y del origen étnico de los nahuas, continúa Seler resumiendo así el pensamiento náhuatl:

De ese mar (que circunda al mundo) surge en la mañana por el oriente el Sol y se hunde también en el mar por la tarde hacia el occidente. Igualmente pensaban los mexicanos que su pueblo había venido del mar, del rumbo de la luz (oriente), y que había por fin arribado a la costa del Atlántico. Por otra parte, creían también que los muertos en

<sup>40</sup> Eduard Seler, “Das Weltbild der alten Mexikaner”, en *Gesammelte Abhandlungen*, t. IV, p. 3.

su viaje al infierno tenían que cruzar un amplio mar, que se decía *chicunauh-apan*, “el extendido nueve veces”, o “agua que se difunde en todas las direcciones”.<sup>41</sup>

Pero junto con esta concepción que completa sus ideas sobre el que llamaríamos “espacio horizontal”, habían forjado también los *tlatatinime*, particularmente “aquellos que se dedicaban a observar el curso y el acaecer ordenado del cielo”,<sup>42</sup> una visión astronómica del universo. Idearon así un mundo vertical con trece cielos hacia arriba y nueve infiernos hacia abajo. Estando estos últimos principalmente ligados con la región de los muertos y el más allá, sólo vamos a ocuparnos aquí, brevemente, de describir los 13 cielos en relación con sus conocimientos astronómicos.<sup>43</sup>

Conviene decir que concebían los nahuas estos cielos a modo de regiones cósmicas superpuestas y separadas entre sí por una especie de travesaños, que constituían al mismo tiempo lo que pudiéramos llamar pisos o caminos sobre los cuales se movían los varios cuerpos celestes. En relación con esto, decían los indios, hablando de sus astrónomos, que se dedicaban a contemplar “el corrimiento de los astros por los caminos del cielo” (*ilhuícatl i-oh-tlatoquiliz*).<sup>44</sup>

Sintetizando las varias versiones que se conservan y siguiendo de preferencia la representación pictórica del *Códice Vaticano A*,<sup>45</sup> comenzaremos por describir el cielo inferior, el que todos vemos: es éste aquel por donde avanza la luna (*ilhuícatl Metztlí*) y en el que se sostienen las nubes. Sobre lo que pensaban de la luna y sus fases, desde un punto de vista astronómico, transcribiremos aquí tan sólo algo de lo que se enseñaba a los estudiantes (*momachtique*) en el *Calmécac*, tal como lo resume Sahagún:

- 1 Cuando la luna nuevamente nace, parece como un arquito de alambre delgado, aún no resplandece, y poco a poco va creciendo;

<sup>41</sup> *Loc. cit.*

<sup>42</sup> *Colloquios y Doctrina Christiana...*, f. 3v (edición de W. Lehmann, p. 93).

<sup>43</sup> Ya hemos señalado, al comentar un texto de los *Anales de Cuauhtitlán* (f. 4), en donde se habla de los “nueve travesaños con que consiste el cielo”, que no había unidad de pareceres respecto del número de cielos. Aquí nos atenemos preferentemente a las pinturas del *Códice Vaticano A 3738*, f. 1v y 2r.

<sup>44</sup> *Loc. cit.*

<sup>45</sup> *Codex Vaticanus A (Ríos)*, f. 1v y 2r.

- 2 a los quince días es llena, y cuando ya lo es, sale por el oriente.
- 3 A la puesta del sol parece como una rueda de molino grande, muy redonda y muy colorada,
- 4 y cuando va subiendo se para blanca o resplandeciente; aparece como un conejo en medio de ella, y si no hay nubes, resplandece casi como el sol a medio día;
- 5 y después de llena cumplidamente, poco a poco se va menguando hasta que se va a hacer como cuando comenzó;
- 6 dicen entonces, ya se muere la luna, ya se duerme mucho.
- 7 Esto es cuando sale ya con el alba, y al tiempo de la conjunción dicen: “ya es muerta la luna”.<sup>46</sup>

El segundo cielo era el lugar de las estrellas: *Citlalco*, como claramente lo muestra la bella ilustración del *Códice Vaticano A*. Las estrellas que, como hemos visto, eran concebidas como el faldellín luminoso con que se cubría el aspecto femenino de *Ometéotl*, se dividían en dos grandes grupos: las 400 (innumerables) estrellas del norte, *Centzon Mimixcoa*, y las 400 (innumerables) estrellas del sur, *Centzon Huitznahua*.

Además de esta clasificación general, distinguían los astrónomos nahuas, entre otras, a la Osa Mayor, que era el tigre *Tezcatlipoca*; a la constelación de la Osa Menor, llamada por ellos *Citlaxonecuilli*, “porque —como dice Sahagún— (sus estrellas) tienen semejanza con cierta manera de pan que hacen a modo de *s*, al cual llaman *xonecuilli...*”;<sup>47</sup> a la constelación del Escorpión, que por una coincidencia llamaban con el mismo nombre: *Cólotl* (alacrán); a las tres estrellas que forman la cabeza del Toro, designadas por la palabra *Mamalhuaztli* que, como anota también Sahagún, era el nombre de los palos de que se servían para encender el fuego nuevo. Especial importancia tenía para los nahuas su movimiento, así como el de las Pléyades, nombradas *Tianquiztli*, ya que de él dependía cada 52 años la supervivencia del mundo. Al continuar su movimiento estas estrellas en la media noche del día en que terminaba una atadura de años (un siglo), se encendía el fuego nuevo y se celebraba esto como presagio de 52 años más de vida. La vieja pirámide de Tena-

<sup>46</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. II, p. 12.

<sup>47</sup> *Ibid.*, t. II, p. 18.

yuca, a la que acolhuas, tecpanecas y aztecas superpusieron nuevos cuerpos en tiempos determinados, correspondiendo, como indica Ignacio Marquina, “a la terminación de un ciclo de 52 años”, prueba mejor que cualquiera larga disertación el hondo significado que atribuían los nahuas a la entrada de un nuevo siglo.<sup>48</sup>

El nombre de la tercera región de los cielos era cielo del sol (*Ilhuícatl Tonatiuh*), ya que por él avanzaba *Tonatiuh* en su diaria carrera desde el país de la luz hasta su casa de occidente. Acerca del sol, en su aspecto astronómico, Sahagún nos conserva algo de lo que se enseñaba en el *Calmécac*:

- 1 El Sol, águila con saetas de fuego,
- 2 príncipe del año, dios.
- 3 Ilumina, hace resplandecer las cosas, las alumbraba con sus rayos.
- 4 Es caliente, quema a la gente, la hace sudar, vuelve morenos los rostros de la gente, los ennegrece, los hace negros como el humo.<sup>49</sup>

Viene luego el cuarto cielo (*Ilhuícatl huitztlan*) en que se mira Venus, llamada en náhuatl *Citlálpol* o *Hueycitlalin*, estrella grande, que era de todos los planetas el mejor estudiado por los astrónomos nahuas. Relacionándose ya, desde la época de los teotihuacanos, a Venus con *Quetzalcóatl*, puede verse —como lo nota Gamio—, en el templo conocido vulgarmente como la *ciudadela*, “a la serpiente emplumada rodeada de caracoles marinos”,<sup>50</sup> y es que, “al ponerse Venus en las movientes aguas del Pacífico, su reflejo semejaba una serpiente de escamas y plumas brillantes: de ahí su nombre de *Quetzal-cóatl*”.<sup>51</sup>

<sup>48</sup> Ignacio Marquina, “Estudio arquitectónico de la pirámide”, en *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*, México, 1935, p. 101. George C. Vaillant en su libro *The Aztecs of México* (p. 92) señala pormenorizadamente las fechas de las varias reconstrucciones de la pirámide de Tenayuca en 1507, 1455, 1403, 1351, 1299...

<sup>49</sup> Textos de los informantes de Sahagún, *Códice matritense del Real Palacio*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VI, f. 177; AP I, 18.

<sup>50</sup> Manuel Gamio y otros, *La población del Valle de Teotihuacán*, 3 v., México, 1922, t. I, p. XLVI.

<sup>51</sup> Roque Ceballos Novelo, “Manifestaciones intelectuales de cultura...”, en Manuel Gamio, *op. cit.*, v. I, p. 326.

Acertadamente dice Soustelle:

La observación de los movimientos de Venus había cobrado una gran importancia en la astronomía y la cronología indígena. Sesenta y cinco años venusinos equivalían a ciento cuatro años solares, gran periodo, llamado *huehueliztli*, “una vejez”; al cabo de este tiempo, el ciclo solar y el ciclo venusino volvían a empezar en la misma fecha del calendario adivinatorio...<sup>52</sup>

En el quinto cielo estaban los cometas: estrellas humeantes (*citlalin popoca*).

El sexto y el séptimo son dos cielos en que se ven tan sólo los colores verde y azul o, según otra versión, negro (*yayauhco*) y azul (*xoxouhco*): los cielos de la noche y el día.

El octavo parece que era el lugar de las tempestades.

Los tres cielos siguientes: el blanco, amarillo y rojo, se reservaban para morada de los dioses: *teteocan*, lugar donde ellos viven.

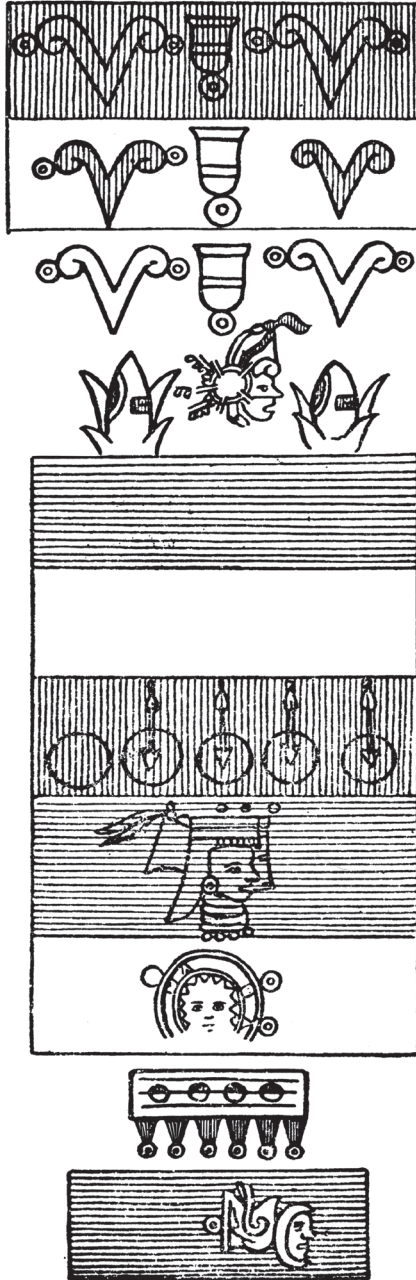
Por fin, los dos últimos cielos constituían el *Omeyocan*: mansión de la dualidad, fuente de la generación y la vida, región metafísica por excelencia, donde está primordialmente *Ometéotl*.

Forma tan original de contemplar el espacio en todas sus dimensiones, dio a los nahuas un punto de vista peculiar y exclusivo, ante la que hoy llamamos realidad objetiva del universo. Este punto de vista, o manera náhuatl de concebir el cosmos, se refleja en todas sus obras: en su literatura, en su cronología, en sus pinturas y, en general, en todo su arte. Mas, tal vez, en ninguna parte podría comprobarse esto con mayor facilidad que en el *enjambre* de formas y relaciones cosmológicas que viene a ser la imponente estatua de *Coatlicue*, cuidadosamente estudiada por Justino Fernández. Porque, como claramente lo muestra su interesante análisis, “leyó” dicho autor en la piedra lo mismo que nosotros hemos encontrado en los textos:

No es una mentalidad “pre-lógica” —nos dice— la que concibió a *Coatlicue*, por el contrario, sus estructuras son de una clara lógica y sus formas de una sensibilidad vigorosa y altamente imaginativas...<sup>53</sup>

<sup>52</sup> Jacques Soustelle, *La pensée cosmologique des anciens mexicains*, p. 29.

<sup>53</sup> Justino Fernández, *op. cit.*, p. 215.



Los cielos superpuestos (*Códice Vaticano A 3738*, f. 1v)

Y mostrando luego cuáles son esas estructuras fundamentales de *Coatlícue*, piramidal, cruciforme y humana a la vez, va descubriendo en la impresionante escultura “la concepción azteca del espacio cósmico, con todas sus dimensiones”. Así:

Por último, o por principio, en lo más alto llegamos a *Omeyocan*, el lugar en que mora la pareja divina: *Ometecuhtli* y *Omecíhuatl*, creadora por excelencia, origen de la generación, de los dioses y de los hombres. Si esta masa bicéfala toma el lugar de la cabeza y parece surgir de las entrañas mismas del todo, también hay un sentido de decapitación que alude a *Coyolxauhqui*, la Luna, con lo cual se completa el sistema astral.

Todavía hay que agregar las cuatro direcciones cardinales que se expresan en forma de cruz y la quinta dirección, de arriba a abajo, en cuyo centro estará *Xiuhtecuhtli*, “el señor viejo”, el dios del fuego. Y, por último, la forma piramidal, de ascenso y descenso, y que va desde el fondo de la tierra, el mundo de los muertos, hasta el más alto sitio: *Omeyocan*. Así, la escultura no sólo está concebida exteriormente sino que los cuerpos de las serpientes cuyas cabezas asoman en lo más alto provienen de sus entrañas, y hay que recordar que bajo sus plantas se extiende el mundo de los muertos. Toda ella, pues, vibra, vive, por dentro y por fuera, toda ella es vida y muerte; sus significaciones abarcan todas las direcciones posibles y se prolongan en ellas. En resumen, *Coatlícue* es, *in nuce*, la fuerza cósmico-dinámica que da la vida y que se mantiene por la muerte en lucha de contrarios tan necesaria que su sentido último y radical es la guerra...<sup>54</sup>

O sea que en *Coatlícue* se muestran incorporadas a la piedra las ideas del principio cósmico generador y sostén universal, la orientación cruciforme de los rumbos del universo, así como el dinamismo del tiempo que crea y destruye por medio de la lucha, categoría central en el pensamiento cosmológico náhuatl. Por esto, tal vez el más maravilloso de todos los símbolos de su pensar cosmológico es la plástica figura trágicamente bella de *Coatlícue*.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 265-266.